

SELECCION EFICAZ DEL MEDIO EN LA COMUNICACION POLITICA

Sr. *Cristián Zegers Ariztía.*

El análisis de los especialistas es muy abundante respecto a este tema, y lo empírico además difiere muchísimo, según las diversas formas de sociedad, sobre todo de acuerdo con el nivel de desarrollo y de complejidad que tiene cada sistema institucional en particular. Por lo tanto, quisiera concentrar estas observaciones en nuestra propia situación, ya con el país abocado durante los próximos meses a una campaña política de larga y de fuerte intensidad, y cuyas decisiones representarán inevitablemente, cualquiera sea el resultado, una nueva forma de gobierno y de equilibrio político, así como un retorno de la actuación de los partidos políticos a su lucha por alcanzar el poder expresivamente reflejado en la constitución del nuevo Congreso.

Desearía referirme primero a algunos fenómenos que llaman más la atención de quienes, como nosotros, estamos situados en el interior de los medios de información. En nuestro programa político actual destaca, en primer término, la diferencia, tal vez mayor que en el pasado, entre lo que se piensa y lo que el político acepta consignar como declaración de su pensamiento en un medio de comunicación. Hasta hace algunos años podíamos pensar que existían algunos temores para expresar la opinión política, cualquiera fuera el fundamento de este temor, pero

ciertamente no es ésta una razón que pudiera justificarse al momento presente.

En general, en el diario contacto informal con los dirigentes políticos los periodistas advierten en ellos una coincidencia mayor en la apreciación de la realidad del país que los muy débiles consensos que hacia afuera se manifiestan respecto de un diagnóstico compartido, tanto de lo que ocurre en Chile como de lo que nos reserva o puede reparar el país como caminos futuros. La función personal, la que no está destinada a la difusión, tiende además a ser mucho más equilibrada y realista y menos inflexible que la que muestran los bloques y partidos.

Una segunda impresión dice relación con la relativa falta de adaptación del lenguaje político, al objeto de conquistar directamente la opinión pública y el electorado del futuro. En una sociedad de masa como la que hoy tenemos, en los grandes núcleos urbanos chilenos, y salvo para penetrar en sectores muy determinados, no es posible recurrir con eficacia al asambleísmo del pasado, ni menos a los activistas, instrumentos que ciertamente antes jugaron un papel intermediario en el reclutamiento de los partidarios de tendencias afines y que naturalmente tenían ellos mismos una cercanía fundamental a los problemas específicos de las personas y a su propia realidad y contingencia social inmediata.

Hoy, en cambio, el mensaje político debe llegar casi exclusivamente a través de los medios de información. La mayor parte de los actos o declaraciones políticos deberían contar, entonces, desde ya, con una previa adaptación de su lenguaje y contenido, para el objetivo de persuadir a un público masivo que ahora es menos alineado que en el pasado, más receptivo y mucho mejor preparado para recibir el mensaje consignado tanto en los medios de información, como en una propaganda de buen nivel técnico, que también tiene un efecto persuasivo en la gestión política. Pero el lenguaje político más habitual hoy día en Chile no sólo es muy denso sino que buena parte de sus referencias parten del supuesto erróneo de una audiencia inexistente y que tendría que poseer, para entender ese mensaje político, un conocimiento no sólo cabal del acontecer, incluso rigurosamente actualizado con los últimos sucesos y declaraciones y a una experta en siglas y connotaciones, que en la práctica son apenas dominados por una

ínfima minoría.

A despecho de las mejores intenciones, el destinatario que tiene la capacidad de entender el planteamiento completo del político, y naturalmente nos referimos a términos muy generales, es con frecuencia sólo otro de los actores del escenario ideológico y partidista y no como debería ser el potencial electorado masivo, cuya enorme proporción de juventud carece de conocimiento cívico adecuado, lo cual supone una dificultad adicional. Sinceramente vemos en el grueso de las actuaciones políticas el pensamiento opuesto de la tarea de atraer a una masa de indecisos independientes.

Ya ha transcurrido un lapso bastante apreciable desde que se reanudó la actividad política formal, y sin embargo, buena parte del esfuerzo sigue destinado al ya convencido y no al ciudadano que libremente se prepara para ejercer su opción de votar en un futuro ya muy cercano.

Otra característica del debate actual es la división algo artificial entre dirigentes supuestamente más aptos para sostener una discusión política y otros que se sienten más cómodos en el plano de la controversia económica y social. Muchos medios siguen también esta división artificial e incluso se prestan y favorecen esta división del tema, porque la madurez exigible de quienes deben representar las posiciones de la oferta política plantea la conveniencia de relacionar cada vez más un plano con otro. La preparación de un dirigente político de nuestros días no puede especializarse en demasía ni menos ofrecer debilidades perceptibles en su formación económica y social básica. La versatilidad y la visión armónica del conjunto de la gestión política es lo que el periodista debe tratar de extraer del político que presenta en los medios de información.

En los últimos años se ha hecho bastante caudal acerca de un presunto desinterés general sobre la política. Naturalmente hay momentos de mayor preocupación y atracción que otros; por ejemplo, cuando un medio como la televisión ofrece la posibilidad de tener mediciones específicas y exclusivas de ese interés, la audiencia que ha mostrado es muy alta. El largo receso político y la interrupción por tantos años de las elecciones competitivas explican sólo una parte de ese desinterés a nuestro juicio; por otro

lado, advertimos que el ciudadano común se siente escasamente integrado y considerado en la acción política de todos los días y por lo mismo tiende a haber reiteraciones tanto de personas como de planteamientos y visiones de la realidad. No sólo son muy pocos los actores, sino que la realidad cotidiana tiene múltiples aspectos, que son dejados constantemente de lado en los análisis políticos.

Es probable que los medios de información no hayan encontrado hasta el momento la manera plausible de dar a conocer la opinión política del común de las personas que influyen en la sociedad y que no son dirigentes políticos ni desean remotamente tener esa calidad, pero es necesario vencer sin duda un retraimiento explicable; debemos estar alertas a la gran distancia que hoy existe entre la manifestación del pensamiento político de las cúpulas y dirigentes partidistas y la difusión de las encuestas que representan el sentir masivo de la población. En cambio no es fácilmente accesible el pensamiento de lo que ocurre respecto de la posición política predominante en los sectores que reúnen los vínculos de la mayor influencia política futura, aunque carezcan de organización partidista y estén destinados a carecer de ella. Destacar las visiones de la realidad política de todos los sectores, de los sectores más decisivos que forman la actividad nacional, puede ser una contribución a la tarea de renovar las generaciones de dirigentes políticos partidistas con aportes humanos de procedencia mucho más diversificada de lo que hoy tenemos ■